

Sermon para el Martes de la tercera semana de Quaresma. *Sobre la confusion de los buenos con los malos.* 247.

Sermon para el Miercoles de la tercera semana de Quaresma. *Sobre el verdadero culto.* 277.

Sermon para el segundo Domingo de Quaresma. *Sobre el peligro de las prosperidades temporales.* Pag. 1.
Sermon para el Lunes de la segunda semana de Quaresma. *Sobre la impetencia humana.* 33.
Sermon para el Martes de la segunda semana de Quaresma. *Sobre el respeto humano.* 34.
Sermon para el Miercoles de la segunda semana de Quaresma. *Sobre la vocacion.* 35.
Sermon para el Jueves de la segunda semana de Quaresma. *El Rico necerrimo.* 122.
Sermon para el Viernes de la segunda semana de Quaresma. *El Hijo Prodigio.* 123.
Sermon para el tercer Domingo de Quaresma. *Sobre la inconstancia en los caminos de la salvacion.* 184.
Sermon para el Lunes de la tercera semana de Quaresma. *Sobre el corto numero de los salvados.* SER- 207.



SERMON PARA EL II. DOMINGO

DE QUARESMA.

SOBRE EL PELIGRO
DE LAS PROSPERIDADES
temporales.

Respondens Petrus, dixit ad Jesum: Domine bonum est nos hic esse. Matth. 17. v. 4.

POR qué advertirá el Evangelio que no sabía Pedro lo que decía quando exhortaba á su Divino Maestro á que fixase su mansion en el Tábor? Para enseñarnos que es no conocer al Christianismo, el querer gozar de reposo y tranquilidad antes
Tomo IV. A de

de los trabajos y sufrimientos. Fue preciso que Christo padeciese, para que de este modo entrase en su gloria. Este fue el camino de la cabeza, y el mismo debe ser el de los miembros. Es preciso que los Christianos padezcan acá en la tierra, si quieren participar algun dia de la gloria del Señor; no podemos entrar en la morada de las delicias que nos están prometidas, sino por la puerta de los trabajos.

Por eso parece que solamente tiene anathemas la religion para los que reciben su consuelo en esta vida. En todas partes llama la Escritura desgraciados á los que rien y están hartos; solamente ofrece las consoladoras promesas á los que padecen acá en la tierra; asegura que este mundo está entregado á los impíos, como su posesion y herencia; que la recompensa de los Santos en la tierra son las lágrimas y las aficciones. Finalmente, que su reyno no es de este mundo.

No quiero decir con esto que no sea posible la salvacion en todos los estados, ó que la religion condene las distinciones del nacimiento, de la fortuna, del estado y de la autoridad, establecidas por el mismo Dios, y tan necesarias para la subordinacion de los pueblos, y tranquilidad de los Imperios. Los Reyes fueron llamados al establo de Bethlem del mismo modo que los Pastores. La Iglesia tuvo en sus principios fieles en la casa del Cesar: *Qui de Caesaris domo sunt*, (a) como en la tienda de Simon el Curtidor. En todos tiempos ha habido en la Corte almas escogidas como en los Claustros; y aun hoy vemos el trono, mas respetable por la piedad, que por el poder y magestad del Soberano que le ocupa. Los favores temporales tambien son obra del Criador, y en el orden de la sabiduría deben servir de medios para la salvacion, y no de instrumentos de perdicion y de vicio.

Con
(a) *Philip. 4. v. 22.*

Con todo eso, la corrupcion los ha sacado de su uso natural, ha hecho que los dones de Dios sirvan á la injusticia; y así como la Serpiente dexa un peligroso veneno en las frutas que muerde, el primer pecador usando de los bienes de la tierra contra el orden de Dios, los inficionó, é hizo de ellos, por decirlo así, un mortal veneno para toda su posteridad; y así los peligros de la abundancia no son efecto de la institucion de la naturaleza, sino del desorden del pecado; el hombre nació para ser feliz, y la tierra solamente recibió su fecundidad para servir á sus inocentes delicias; pero el hombre abusó de los beneficios de Dios; desde entonces como que se le prohibieron todos los placeres en la tierra, porque la alegría solamente conviene á la inocencia; y por otra parte, la esmas facil á la voluntad el abstenerse, que el usar de ellos sin exceso; y así como todo es puro para los que están puros, del mismo modo todo está corrompido para el que lo estaba ya con su transgression.

Este es el fundamento de las severas máximas de Jesu-Christo contra los que son felices en el mundo; ¿pero qual puede ser mi intento en proponeros el peligro de este estado? Sin duda debiera ser el consolar á los que la providencia dexa acá en este mundo en la necesidad y en la miseria; pero esta instruccion no sería aquí del caso, porque esta especie de infelices no habita en los Palacios de los Reyes, por lo que solamente se dirige á dar á conocer á los que se ven apartados de las gracias, á los que se tienen por infelices, á los que continuamente se quejan de la injusticia de sus Gefes, y miran con un amargo dolor la elevacion y felicidad de sus competidores, especie de mal contentos que nunca faltan en las Cortes, para hacerlos ver, vuelvo á decir, que no conocen el don de Dios, y las especiales muestras de misericordia que les dá su bondad; y enseñar á los que todo les sale bien, y parece que

nada tienen que desear en la tierra, que si su estado parece digno de envidia segun el mundo, es terrible á los ojos de la fé; primeramente, porque en él son casi inevitables las caídas; en segundo lugar, porque en él es casi imposible la penitencia; en este estado todo favorece á las pasiones, y todo aparta las gracias; y en él no descubre la fé otra cosa mas que ocasiones de pecado, y obstáculos para la conversion: Explicaré estas dos importantes verdades. *Ave Maria.*

PRIMERA PARTE.

EL mundo, dice San Agustín, es mas de temer quando nos alhaga, que quando nos maltrata; y los favores que nos le hacen amable son mas temibles; que los rebeses que hacen que le despreciemos: *Periculosior est blandus, quam molestus.* (a) Y á la verdad, ya se consideren las prosperidades temporales respecto de la impresion que hacen en el corazon para corromperle, ó de las felicidades que proporcionan á las pasiones quando el corazon está ya corrompido; es preciso confesar que la salvacion es tan difícil en este estado de felicidad y de abundancia, porque el alma justa debe mirar las prosperidades temporales como regalos que Dios regularmente ofrece á los hombres en su indignacion.

Dixe, ya sea que se consideren respecto de las impresiones que hacen en el corazon para corromperle. Porque primeramente, una alma christiana debe vivir como estrangera en la tierra; su origen, dice Tertuliano, su habitacion, su esperanza, su nobleza, y su corona están en el cielo. Su corazon debe estar en donde es-

(a) *Epist. 144.*

tá su tesoro; si dexa de suspirar un instante por su patria, dexa de pertenecer al siglo futuro, y á la Iglesia de los Primogenitos; si está contenta con su destierro, no es digna de la herencia. Toda su piedad en la tierra consiste en sus deseos, su merito en su inquietud, y no debe hallar mas consuelo que en su esperanza.

¶ Pero esta disposicion, tan esencial á la fé, se borra por la primera impresion que hace en el corazon la prosperidad, y es una impresion de apego á la tierra: Y á la verdad es facil de comprehender, quan bien puede una alma affligida vivir como peregrina en la tierra. Porque ¿cómo puede tener apego á unas criaturas que la han abandonado? Tampoco puede costarla mucho trabajo el apartar sus afectos de un mundo que la niega sus favores, ni el mirarse como estrangera en un lugar en donde nada posee. Por el contrario, entonces son mas suaves los pensamientos de la fé; nada consuela con tanta solidéz sus desgracias, como el poder decirse á sí misma que este mundo no es su patria; que solamente la han despojado de lo que no la era lícito amar; que los verdaderos bienes del alma fiel son interiores, y no se los puede quitar el mundo, si ella no quiere; que la única pérdida que puede padecer una alma christiana es la de la gracia; que importa poco el perder ó poseer lo que no se puede conservar siempre; y que estandonos prohibido el fixar nuestro corazon en la tierra, el estado que menos nos une á ella debe parecer nos el mas digno de ser deseado.

¶ Pero estos pensamientos que inspiran todas las cosas en el estado de la affliccion, nos los borran en el de prosperidad: porque, Católicos, es muy difícil el que nos desagrade un lugar que en todo nos lisonjea, el mirar como destierro una tierra de delicias, el no ser de este mundo quando parece que él solamente fue hecho para nosotros, el no fixar nuestro tabernáculo

6 SERMON PARA EL II. DOMINGO

en donde estamos tan bien hallados , el gemir como el Profeta por lo largo de nuestra peregrinacion , quando no experimentamos en ella trabajos ni amarguras , y caminar sin cesar hácia la patria , quando en el camino hallamos tantos atractivos que nos detienen. Aquel necio del Evangelio , viendose con riquezas para muchos años , convidaba á su alma á que descansase : *Anima mea requiesce* : (a) Descansa alma mía ; esta es la primera impresion que hizo en su corazon la prosperidad ; le aficionó á la tierra , y le hizo que buscase un injusto sosiego en las criaturas.

Pero si me preguntais en qué consiste el delito de esta disposicion , pues en la Corte , mas que en alguna otra parte , en donde solo se conoce la superficie de la religion , no parecen estas verdades mas que unas inútiles especulaciones , si me lo preguntais , vuelvo á decir , que como dice San Agustin , si vuestros deseos fueran la regla de vuestra felicidad , estardis contentos con ser inmortales en la tierra , tendriais por una especial gracia el privilegio de poder vivir eternamente apartados de Dios , usando de los bienes y deleites de los sentidos ; es decir , que si el mundo pudiera ser vuestro Dios , vuestra recompensa , y vuestra eterna morada , nunca buscariais otra : que si se os permitiera escoger entre la tierra y el cielo , entre el siglo futuro y el presente , entre Dios y la criatura , presto hariais la eleccion , y prefeririais lo visible á lo que solamente veis con los ojos de la fé : en una palabra , que no sois Christianos , porque el Christiano es hijo de las promesas , hombre del futuro siglo , Ciudadano del cielo , una porcion de Jesu Christo , que espera continuamente su reunion con
aquel

(a) *Luc. 12. v. 19.*

DE QUARESMA.

7

aquel cuerpo mystico que de dia en dia se va formando y perfeccionando , y solo conseguirá su eterna perfeccion y plenitud en la eternidad ; y no solamente se limitan á la tierra vuestros deseos , sino que la esperanza de los justos , y el Reyno de Jesu Christo os parece el pensamiento mas funesto y triste.

Bien sé que esta injusta disposicion está en lo íntimo del alma , y que ni aun nosotros mismos la conocemos. Con todo eso ella es la que forma todos nuestros deseos , la que regula todos nuestros pasos , la que decide de todas nuestras inclinaciones ; es el principal mobil de todo el cuerpo de nuestras obras exteriores ; ella establece en medio de nuestro corazon un estado de culpa , y de aquel genero de culpas que no siendo conocidas por señal alguna sensible y particular , y consistiendo solamente en un desorden habitual de nuestro amor propio , nunca son conocidas ni expiadas , y por consiguiente nunca se perdonan : de aquellas culpas , que no siendo , por decirlo asi , otra cosa mas que nuestra propia voluntad , son la raíz de todas las demás , sin que ellas lo parezcan : de aquellas culpas , finalmente , compatibles con la probidad , con la regularidad de las costumbres , con el exercicio de ciertas obligaciones de la religion , y aun con la delicadeza de conciencia ; en una palabra , con todo lo que nos puede hacer parecer justos á la vista del mundo , al mismo tiempo que estamos condenados en la presencia de Dios.

Y no me respondais que estas son puras sutilezas , y que habiendo nacido con nosotros el amor á la comodidad , si hay algun delito , será en abusar de ella , pero no en amarla . ¿ Es acaso pura sutileza el deciros que nacisteis para el cielo ; que la tierra es para vosotros una mansion estraña , y un lugar de maldicion , del que continuamente deben estar deseando salir los hijos de Dios ; y que el que no siente la tristeza de vivir distante de su Patria , pierde el derecho y el privilegio de
de

de Conciudadano de los Santos? ¿Es pura sutileza el decirnos que el hacer del mundo una ciudad permanente, es vivir como los Paganos que no tienen esperanza? ¿Que el vivir solamente pensando en una fortuna peccadera, es haber renunciado á la fé, y que el tener la salvacion y la eternidad por el negocio menos importante de todos aquellos en que os ocupais, es estar ya juzgados? Si estas son sutilezas, el Evangelio, aquella Filosofia tan prudente, tan sencilla, tan admiranda aun de los mismos Paganos, no sería mas que un vano sistema de un entendimiento ocioso, y al mundo reprobado pertenecería instruirnos en un idioma mas prudente, y darnos reglas mas sólidas para anunciar los caminos de la salvacion.

Esta es la primera impresion que hace la prosperidad en los corazones; una impresion de apego á la tierra. La segunda es el amor desordenado á nosotros mismos. La fé nos enseña que somos aborrecibles, porque no hay cosa alguna amable sino el buen orden, y nosotros hemos salido de él; no hay cosa ninguna amable sino la verdad y la justicia, y nosotros nos hemos apartado de ellas; no hay cosa alguna amable sino la obra de Dios, y nosotros somos obra del pecado; debemos, pues, aborrecernos á nosotros mismos, porque sino seremos injustos, y haremos contradiccion á los mas claros testimonios de nuestra conciencia. Porque en la realidad, por mas que nos desvanecemos con los respetos que nos tributan, bien conocemos que no somos dignos de ser amados. ¡Ah! Hay tantos instantes en que somos molestos á nosotros mismos, en que todo lo que hay en nosotros nos enfada, en que apenas nos podemos sufrir, y así necesitamos de diversiones y entretenimientos que nos aparten de la vista interior que nos humilla con nuestros propios defectos, y nos impide el que nos consideremos á nosotros mismos. El mundo llama molestia á este estado, pero esta molestia

es

es el hombre manifestado á sí mismo, que no puede sufrir ni un solo instante la vista de su propia miseria. Señal infalible de que somos aborrecibles, y que el amarse á sí mismo es un desorden: quiero decir, amarse siendo pecador, y viviendo en la corrupcion de la naturaleza.

Pero toda vuestra vida, ¡ó vosotros á quienes se dirige este discurso! toda vuestra vida no es mas que un continuo querer agradaros á vosotros mismos; por eso todo lo que os dá gusto, lo que os lisonjea, lo que puede alimentar la vida de los sentidos, os parece cosa tan necesaria que no podeis vivir sin ella; por eso no haceis caso de las santas leyes de la Iglesia, siempre que hallais el menor trabajo en su observancia; por eso os mirais como centro de todas las criaturas que os rodean; parece que todo se hizo para vosotros, que todo vive para vosotros, que todo subsiste para vosotros, y que todo lo que no dice relacion á vosotros es nada; que debe trasformarse el mundo entero, ó por facilitaros un gusto, ó por escusaros el mas ligero pesar; por eso todos los que están cerca de vosotros no cuidan mas que de acomodarse con vuestros deseos, seguir vuestras ideas, y conformarse con vuestro amor propio; estudian vuestros gustos, adivinan vuestras inclinaciones, solamente se introducen en vuestra gracia por medio de vuestras flaquezas; nadie os contradice, vuestras inclinaciones deciden siempre de quanto os pertenece, y aun todos previenen vuestros deseos: no sé si me acusareis aun de sutileza, lo que sí sé es que si hay para vosotros alguna divinidad, no puede ser otra mas que vosotros mismos. Por que os pregunto; ¿qué mas hicieron por Dios los mayores Santos, que lo que hacéis vosotros por vosotros mismos? Dios era el único objeto y el único fin de todas sus acciones; ¿no lo sois tambien vosotros mismos de las vuestras? Ellos vivian solamente para Dios; ¿para quién vivís vosotros mas que para vosotros mismos? Ellos despreciaban todo lo que no se ordenaba á su magestad;

¿y qué caso haceis vosotros de todo lo que no se ordena á vosotros mismos? Pasad mas adelante con la comparacion, y vereis que mas os mirais vosotros como vuestro ídolo y vuestra divinidad, que miran los que aman é invocan al Señor como á su Dios. ¿Es posible, Católicos, que hayamos de tener horror á los grandes delitos, y que no hayamos de hacer caso de vivir sin culto, sin amor de Dios, de no contar para nada en toda nuestra vida con su Divina Magstad; esto es, que hemos de vivir como si solamente hubieramos venido al mundo para nosotros solos, y como si debieramos limitar nuestros afectos, nuestros temores, nuestros deseos, y nuestras esperanzas á nosotros mismos?

La tercera impresion que hace la prosperidad en el corazon es la soberbia; no hablo de aquella soberbia bárbara y declarada, que hacía decir á un Principe de Babilonia: Me ensalzaré, pondré mi trono sobre las nubes, y seré semejante al Altísimo; hablo de otros pensamientos mas proporcionados al corazon del hombre, y casi inseparables de la grandeza. Bien sé que hay algunas personas que, ó por la buena educacion que han tenido, ó por haberlas dotado la naturaleza de un genio suave y docil, ó finalmente, por querer con una refinada soberbia parecer mas de lo que son, saben despojarse de todo el fausto, hacerse tratables, y allanar con su humanidad todos los caminos á los que tienen que tratar con ellos: Pero no fundo yo el peligro de la prosperidad en la arrogancia, lo ridiculo de este vicio casi basta por sí solo para corregirle.

Le fundo en cierto dictamen de propia excelencia, que acostumbra al alma á que se mire como elevada por sus propios dones sobre todas aquellas personas á quienes la hace superior su clase ó su prosperidad. Lo fundo en un oculto error de vanidad, que hace que confundamos nuestra fortuna con nosotros mismos; que con-

temos el nacimiento, la grandeza, los titulos, las dignidades y las riquezas en la idea que formamos de lo que somos, y que de todas estas utilidades que nos son extrinsecas, y que por consiguiente no pertenecen á nuestro sér, nos formemos una grandeza imaginaria, que tenemos por intrínseca á nuestras personas; finalmente, en un error que nos persuade que somos á los ojos de Dios, y en el orden de su providencia, criaturas privilegiadas, y tan distinguidas como entre los hombres, y como en el orden exterior de la sociedad. Su prosperidad, dice el Profeta, los exime de los trabajos y de las miserias comunes á los demás hombres, y por eso se apodera de su corazon una secreta soberbia: *In labore hominum non sunt..... ideo tenuit eos superbia.* (a) Por eso el primer consejo que el Apostol encarga á Timoteo dé á los Grandes del mundo es el que no se ensoberbezcan: *Non sublimè sapere.* (b)

Por otra parte; en lo exterior todo confirma á los Grandes en esta peligrosa idea. Sus vicios son aplaudidos, se oculta lo corto de sus talentos con el artificio de las alabanzas, se justifica su soberbia con los magnificos nombres de grandeza de ánimo, y elevacion de pensamientos: en ellos se estudian todas sus acciones, y todo se dirige á persuadirlos que están hechos de distinta masa que los demás hombres. Aun nosotros mismos que somos Ministros de la verdad, que debe estar en nuestros labios como en un sagrado deposito, damos á las mas leves virtudes de los Grandes unos elogios que desaprueba la religion, y con pretexto de animar los débiles principios de su piedad, los corrompemos en su nacimiento; tal es la desgracia de los Grandes, todo se dirige, ó á disfrazarlos sus vicios, ó á hacerlos perder el merito de sus virtudes.

Pero aun quando pudieran defenderse de la injusticia,

(a) *Psalm. 72. v. 5. 6.* (b) *1. Timot. 6. v. 17.*

cia y torpeza de estas alabanzas, siempre se forma de estos emponzoñados discursos un genero de idea de propia estimacion, que nunca se borra, y corrompe el corazon para siempre. Herodes, entre las aclamaciones de un pueblo bárbaro, no podia tenerse por un Dios baxado á la tierra para hablar á los hombres; esta alabanza era demasiado necia para ser creída; pero con todo eso oye con gusto unos aplausos que parece le tributan honores divinos, y que le trataban de Dios, y de inmortal; su corazon se dexa arrastrar de ellos, y aunque no ofusquen su entendimiento, con todo eso no desprecia como blasfemia los titulos y elogios que solamente son debidos al Rey inmortal de los siglos; y los gusanos que al mismo tiempo le consumen, nos dán bien á entender qual fue el exceso de su impía vanidad, pues mereció ser castigado con tan cruel suplicio.

Estos son los primeros peligros de la prosperidad, sacados de las impresiones que hace en el corazon para corromperle. Pero me parece que no son menos de temer las facilidades que ofrece á las pasiones quando el corazon está ya corrompido. Continúad con vuestra atencion.

Porque primeramente, del apego á las cosas de la tierra nacen como de una funesta raíz aquellos infinitos é insaciabiles deseos de que habla San Pablo, que matan al alma; esto es, mirais la tierra como á vuestra patria, no pensais mas que en engrandeceros en ella, y ocupar en ella algun gran puesto, y quisierais vosotros solos poseerla toda entera; añadís, dice un Profeta, la heredad de vuestros vecinos á la de vuestros padres; pasais los límites que la moderacion de vuestros mayores habia puesto con tanta prudencia á vuestras riquezas, y á vuestra fortuna; llamais las tierras con vuestros propios nombres; y parece que apenas puede bastar todo el Universo á la extension de vuestros proyectos; obli-

gais muchas veces á un Naboth á que os ceda su heredad, y la inocente sucesion de sus padres; juzgais que todo lo que os acomoda os pertenece; formais derechos incontrastables, de los que son muy dudosos; y obligais á la equidad á que ceda al poder; siempre juzgais que os convienen las dignidades que os permite adquirir vuestra opulencia; no examinais si lo corto de vuestros talentos os hace incapaces de ellas, ni si tendrá que padecer el público, sino solamente si con ellas asegurais á vuestros hijos una fortuna mas durable; la suerte de estos no la decide la vocacion del cielo, sino vuestros intereses temporales; la Iglesia se ve precisada á recibir de manos de vuestra codicia unos sacrificios que aborrece; trasplantais al campo del Señor todo lo que ocupa inutilmente la tierra en el vuestro; por no dividir vuestros bienes, y por mantener el vano honor de vuestro nombre despedais y afrentais la heredad de Jesu-Christo; colocais en el Santuario unos vasos de desprecio y de ignominia, y aun algunas veces comprais el don de Dios; y como aquella madre de Michas, de quien se habla en la Escritura santa, empleais vuestras riquezas en levantar para vuestro hijo en vuestra misma casa un nuevo Sacerdocio, y un nuevo templo; acaso en una fortuna mas regular y moderada hubierais conservado mas inocencia. No os parezca que hablo aqui de aquella opulencia que se mantiene con la sangre de los pueblos, de aquellos hombres nuevos á quienes vemos manifestar sin vergüenza en la magnificencia de sus Palacios los despojos de las Ciudades y Provincias: la reforma de estos abusos no pertenece á nuestros Sermones, sino á la severidad de las leyes, y á la justa indignacion de la autoridad pública; vosotros mismos, Católicos, vosotros que me estais escuchando, sois los que regularmente os burlais y censurais este modo de proceder; no podeis sufrir con paciencia que unos hombres levantados, por decirlo asi, del polvo de la tierra,

se atrevan á competir con vosotros en fausto y magnificencia; á adornar su obscuro y baxo nacimiento con vuestros magníficos nombres: y aun á insultar con necias profusiones la pública miseria, de la que ellos mismos han sido bárbaros artifices: vosotros mismos conocéis todo el horror de una prosperidad nacida de la injusticia, y no conocéis los peligros de la del nacimiento. Yo no hallo mas diferencia, sino que la una empieza por el pecado, y la otra siempre acaba en él; los unos gozan de unos bienes injustamente adquiridos, y los otros abusan de una prosperidad legítima.

En segundó lugar; del amor á nuestro propio cuerpo, que es la segunda impresiõ que hace en los corazones la prosperidad, nacen todas aquellas ignominiosas pasiones que deshonoran en nosotros el templo de Dios. ¿Quién ignora que la prosperidad proporciona mil caminos á este vergonzoso vicio? Quiero pasar ahora en silencio que solo el regalo, inseparable de la abundancia, es un camino casi infalible para la libertad de las costumbres; y que una vida ociosa, la que es muy regular en la opulencia, está muy cerca de la disoluciõ. ¡Ah! ¿Dónde nacen los monstruos, y las execrables pasiones, sino en los Palacios de los Grandes? En ellos no agradan los vicios comunes, y para avivar á estas almas sensuales es preciso que unos excesos extraordinarios, y una enorme singularidad de culpas dé á la iniquidad nuevos encantos. Leed las Divinas Escrituras, y hallareis que de esto provino la caída de David, los necios desordenes de Salomón, el exorbitante luxo de Baltasar, y el escándalo de la Corte de Herodes.

Tampoco quiero deciros que muchas veces debe el alma su inocencia á la dificultad de la transgresiõ; que no suelen gustar los placeres que cuestan demasiado; que los obstáculos que hallamos para nuestros deseos en una mediana fortuna, hacen muchas veces que una alma fiel tome una resoluciõ generosa, y se sujete á la obligaciõ

ciõ con lazos mas santos y durables. Pero en los Grandes sus deseos son la única regla de sus pasiones; su voluntad no tiene mas freno que á sí misma; los deleytes no les cuestan mas trabajo que el desearlos: Apenas deseó David beber de la agua de la cisterna de Bethlem, quando tres juvenes Hebreos, venciendo las dificultades que se oponian al deseo del Monarca, atraviesan por medio del ejército enemigo, y entre mil peligros consiguen poner á sus pies una agua, que era el precio de su sangre, y el peligro de su vida; todo es facil para las pasiones de los Grandes. ¡Ah! si la culpa, aun entre contradicciones y trabajos siempre agrada conseguida, ¿qué encantos no tendrá quando son faciles todos los caminos para lograrla, y quando le cuesta dificultad al corazon el privarse de ella?

Finalmente, quiero tambien omitir que una virtud comun, y aun algunas veces sola la pereza, bastan para apartarnos de buscar las ocasiones del desorden, pero que ni aun la virtud de los Santos basta para defendernos contra las ocasiones, quando ellas nos buscan. Los Grandes y felices de la tierra se hallan entre estas ocasiones á cada paso: su vista encuentra escollos en todas partes; todos los objetos procuran agradarlos; todos se dirigen á corromper su corazon; todos se precian de haberlo conseguido; la culpa se presenta á su vista, acompañada de todos los atractivos mas propios para hacerse amable, de todos los artificios que ha podido inventar la corrupciõ, ó para precaver los disgustos, ó para divertir la inconstancia, ó para justificar la pasion; los consejeros de la iniquidad, los ministros del apetito, de los que siempre está cercada la prosperidad, procuran agradar á su Señor, lisonjeando sus pasiones; se hacen sus impíos Apologistas, disfrazan su horror, ocultan su vergüenza y su vileza, y avivan el deseo. Apenas se dexó ver Sára en los Reynos de Faraon y de Abimelech, quando los Cortesanos, conociendo la vergon-

zosa fragilidad de sus Principes, empiezan á ponderarlos su hermosura, inflaman su pasión, y los inspiran injustos deseos. En un estado tan peligroso; oh Dios mio! caerian aun los justos; ¿pues cómo será posible que se defiendan un alma corrompida ya con la prosperidad? Finalmente, de la soberbia, qué es la última impresión que hace en nuestros corazones la prosperidad; nacen los deseos ambiciosos, las emulaciones, las perfidias, los rencores, las venganzas, y todas las pasiones que ella favorece: *La soberbia de los que os aborrecen, ó Dios mio,* dice el Profeta, *siempre va creciendo:* (a) las riquezas, los empleos, el nacimiento, son una especie de ley que nos manda ser ambiciosos; nos avergonzariamos de lo distinguido de nuestro nacimiento si no pensáramos en ser mas; el saber contenerse dentro de los límites de su propio estado, y tenerse por feliz en él, es una Filosofía que deshonra, y á la que trata el mundo de pusilanimidad ó de singularidad ridicula. Luego que veais que la ambicion se ha apoderado de un corazón hasta cierto punto, no hay cosa, por injusta é indigna que sea, que no debais esperar de él; arruinará á sus competidores, se levantará sobre las ruinas de la religion y de la conciencia, será traidor, disimulado, pérfido, y todo menos Cristiano. Se alegrará de las desgracias de su proximo, quando éstas sirvan á sus adelantamientos; le pesará de su elevacion, quando le sirva de estorvo: aborrecerá todo lo que se oponga á sus pretensiones; se conformará con las pasiones de aquellos á quienes tiene interés en agradar; desacreditará hasta la virtud y el mérito que le sirva de obstáculo: Sacrificará el interés público á sus intereses particulares; y de su fortuna hará su religion y su Dios. Estos son los primeros peligros de la prosperidad; inspirará las pasio-

(a) Psalm. 73. v. 13.

nes al mismo tiempo que corrompe el corazón, y las favorece quando ya le ha corrompido.

¿Pero qué fruto debemos sacar de estas importantes verdades? ¿Deberemos acaso renunciar los bienes y los títulos que hemos heredado de nuestros mayores, y salir del estado en que nos colocó la providencia? No, Católicos: Pero primeramente, nos debemos decir á nosotros mismos, que aunque poseamos todo lo que puede servir de felicidad á los sentidos, no por eso nos es licito el satisfacerlos; que el grado de nuestra inocencia, y no el de nuestra fortuna, es el que ha de decidir del derecho que tenemos, aun á los mas licitos placeres; que el pecador, por mas elevado que se halle, no tiene mas patrimonio que las lágrimas y las mortificaciones; que sus delitos la han hecho inútiles casi todas las comodidades de su abundancia; y que su elevacion, en vez de mitigarle su penitencia, le sirve de nueva dificultad para ella.

En segundo lugar, debemos conocer que todo lo que nos ensalza á la vista de los hombres nada añade á lo que en realidad somos en la presencia de Dios; que á su vista no tendremos mas títulos que nuestras virtudes, y que quedando sepultado con nosotros en el sepulcro todo el fausto, y todas las dignidades que nos rodean, quedaremos aturdidos al vernos solos en su terrible tribunal.

Finalmente, debemos mirar los reynos del mundo y toda su gloria como un espectáculo que solamente nos presenta el tentador desde lejos: *Ostendit ei omnia Regna mundi, & gloriam eorum.* (a) Este es un aspecto falso: Solamente con esta distancia puede engañar á los sentidos y á la razon este vano conjunto de gloria y de grandeza; pero apenas le tocáis quando cesa el encanto, muda de cara el objeto, y nada hallais en él

(a) Matth. 5. v. 8.

él de quanto os habia prometido el error de la imaginacion. Entre todas las fortunas y grandezas que nos figuramos en la tierra, solamente el deseo y la esperanza son los que nos lisongan y embriagan. El esperar es cosa muy agradable, y el único deleyte que el hombre puede prometerse en este mundo. Quando se han cumplido ya todos vuestros deseos, y no teneis mas á que aspirar, quedais infelices, ó vienen á divertirlos ó engañaros otros nuevos deseos y esperanzas; es preciso que nos sostenga el error de lo futuro, porque en nada estimamos lo presente, sea lo que fuere: Por eso el tentador siempre nos dexa algo que desear; *Hæc omnia tibi dabo*: Y este es todo su artificio; siempre nos muestra desde lejos los objetos que irritan nuestras pasiones; sabe muy bien que el único secreto para engañar á los hombres, no es el contentar sus deseos, sino el inspirarselos; y por eso, Católicos, debierais vosotros estar mas desengañados del mundo, que los que nacen en una mediana fortuna. Quanto menos felices sois en vuestra elevacion, mas debeis conocer el vacío de todo lo que inquieta y mueve á otros hombres. Como vosotros gozais de todo lo que los demás hombres desean, le quedan menos arbitrios al tentador para engañaros, y debierais tener por privilegio de la grandeza y de la prosperidad el que estas os dan á conocer, que el mundo entero es nada para el hombre; que toda la gloria de la tierra, aunque pueda embriagar al corazon por un instante, nunca puede llenarle; que nosotros hemos nacido para el cielo; que los verdaderos placeres del hombre en la tierra consisten en la inocencia, y no en la elevacion; que si nos compadecemos interiormente del error de aquellos, que siendo de nacimiento inferior al nuestro nos tienen por felices, debemos tambien llorar nuestra propia ceguera, en creer que podemos hallar una felicidad mas sólida en una clase superior á la nuestra: De este modo se engañan

todos los hombres, porque no conocen los disgustos del estado en que se hallan; y para desengañarlos bastaría el que se manifestasen el corazon unos á otros.

Por eso, ¡ó Dios mio! habeis querido que los peligros de cada estado puedan servir de medios de salvacion al alma fiel en qualquiera de ellos que se halle; y para que ningun hombre pueda tener excusa habeis permitido que vuestros siervos se santifiquen en medio de los mismos escollos en que han visto perecer tantas almas mundanas. Estas son las idéas de la fé en orden á las prosperidades temporales. Ya habeis visto cómo estas sirven de ocasion al pecado; ahora es preciso manifestaros cómo tambien son obstáculos para la penitencia.

SEGUNDA PARTE.

UN estado en que las gracias especiales son mas raras, en que la concupiscencia pone en el corazon mil obstáculos á las santas inspiraciones, en que aun las dificultades exteriores para la salvacion son de tal naturaleza, que regularmente no se pueden vencer sino con iguales auxilios de la gracia; un estado como este es sin duda un grande obstáculo para la penitencia. Pues estas son las tres razones en que fundo mi segunda proposicion acerca del peligro de las prosperidades temporales. Estadme atentos.

Dixe primeramente, que las prosperidades temporales sirven de grande obstáculo á la conversion, porque en este estado son mas raras las gracias especiales: Registrad las Escrituras santas, y hallareis repetida en ellas muchas veces esta terrible verdad. En todas partes se lee que el Señor solamente gusta de conversar con los pequeños y sencillos; que mira des-

de lejos á los que su nacimiento ó su soberbia ensalza sobre los demás: En todas partes se vé quebrado el arco de los poderosos, y revestidos de fortaleza los flacos: En todas partes se lee que dexa secar la yerba que crece sobre los techos, y que no por estar mas elevada es mas favorecida de los rocíos de la gracia, quando al mismo tiempo adorna de hermosura á las azacenas que nacen en los mas profundos valles y entre las espinas: Que rompe los Cedros del Lybano, que parecen estar mas seguros, al mismo tiempo que el arbol plantado á la orilla de las aguas lleva fruto á su tiempo. En todas partes se vé que no se cuentan muchos nobles y poderosos en Jesu-Christo; esto es, entre sus discipulos: Esta verdad de que hablo se halla establecida en las figuras y maximas de los libros santos: No porque en Dios haya acepcion de personas; como ya he dicho: la gracia de Jesu-Christo abraza todos los estados; el Señor nunca falta á sus criaturas, y sin contar los augustos exemplos que tenemos presentes, un David, un Ezequías, una Esthér, una Judith y un San Luis prueban que en el estado de elevacion podemos ser aun mas ricos en dones de la gracia que en bienes de la fortuna.

Pero primeramente, el orden de la providencia parece pide que haya una especie de compensacion en esta desigualdad de fortunas y de condiciones que se halla entre los hombres, y que en la confusion que hay en la tierra, en donde casi siempre se halla ensalzado el pecador, al mismo tiempo que el justo gime oprimido en la obscuridad y abatimiento, pueda descubrir en ella la fé un orden secreto y un modo de igualdad, que justifique en el espíritu del fiel la providencia de Dios, y la sabiduría de sus consejos en la dispensacion de las cosas humanas. El terrible

ble secreto de esta divina compensacion consiste, en que las riquezas de la gracia son como herencia y patrimonio del pobre y del afligido, al mismo tiempo que el hombre feliz goza de los favores de la tierra como recompensa y patrimonio propio suyo; quiero decir, que la inocencia, el pudor, la rectitud, la sencillez y el temor del Señor están reservados para las almas obscuras, asi como los títulos, las dignidades y las grandezas humanas están entregadas á los poderosos y felices del mundo. Por eso todo se halla en el Universo dispuesto con una economía, digna del Autor de la naturaleza y de la gracia; por eso la abundancia de unos está destinada para suplir á la necesidad de otros: El rico debe hacer al pobre participe de sus bienes, y el pobre debe socorrer al rico con sus bendiciones espirituales, y ofrecer por él el sacrificio de sus oraciones y trabajos.

Y asi, Católicos, todos los dias vemos unas almas sencillas, nacidas en el estado mas vil y despreciable, favorecidas de los mas extraordinarios dones; de una inocencia sin igual, de una fé incontrastable, de una conciencia tan delicada, que se ofende solamente de la apariencia del pecado, de una oracion tan elevada, que admira á aquellos á quienes confían con sencillez las operaciones de la gracia en su alma, al mismo tiempo que los que habitan en los Palacios de los Reyes apenas conocen las primeras verdades de la religion; al mismo tiempo que vemos todos los dias á algunas personas de cierta clase, que llegan á envejecerse sin pensamiento alguno de fé ni de devocion, que conservan en la edad decrepita el mismo gusto al mundo, la misma embriaguez por la Corte, por el favor, por los placeres, el mismo pesar por el mas leve desayre del Soberano, que en la edad mas viva y floreciente, y que aunque hagan algunos esfuerzos

pa-

para entablar una vida mas Christiana, hallan siempre en ella mucho disgusto y repugnancia, y se les hace insufrible é insipido todo lo que se ordena á su salvacion.

Esta ha sido en todos tiempos la conducta de la gracia; los grandes dones siempre han estado reservados para las personas mas viles, segun la carne; los poderosos del mundo no son tan á proposito para los designios de Dios, y si alguna vez se sirve de ellos su sabiduría, es valiendose de sus pasiones, ó para castigar la soberbia de los pecadores, ó para exercitar la fé de los justos.

En segundo lugar; en la prosperidad no son tan abundantes las gracias, porque, como dice San Agustin, los favores temporales son recompensa que la Justicia Divina concede regularmente á algunas virtudes naturales de los pecadores, para tener mas derecho de excluirlos para siempre de las promesas de la gracia. Acaso por razon de un buen natural sois sincero, afable, fiel en vuestras palabras, equitativo en vuestros juicios, amigo fiel, Principe generoso, enemigo de la violencia, y de la injusticia; estas virtudes, destituidas absolutamente de caridad, obra de la naturaleza, é inutiles para la eternidad, son utiles para el mundo presente; con ellas se mantiene la paz de los estados, la tranquilidad de las familias, la buena fé de los comercios, y el orden de la sociedad: Dios, pues, halla en el mundo con que recompensar unas virtudes puramente mundanas; proporciona favores temporales á unos justos temporales, por decirlo asi; porque este Juez equitativo ninguna virtud dexa sin recompensa, como tampoco ningun delito sin castigo. Pero estas recompensas son terribles á los ojos de la fé; son como unas exclusiones de aquella gracia que forma los Santos, y unos favores que dispensa Dios en su indignacion.

Bien

Bien sé que esta regla no es universal, y que el justo vé algunas veces *la paz en su virtud, y la abundancia en su casa.* (a) Pero estas excepciones son muy raras, y á nadie deben asegurar; y particularmente vosotros, si no os valeis de la prosperidad, mas que para hacerla servir á la felicidad de vuestros sentidos, y vivir en la torpeza y en el olvido de Dios, teneis gran motivo para temer, y deciros continuamente á vosotros mismos: Acaso estoy recibiendo mi recompensa en este mundo: Yo no siento dentro de mí mismo deseo alguno vivo de salvacion, ni impresion alguna de la gracia que me guie á una sólida penitencia: Entre todos los negocios el de la eternidad es el que menos me mueve, y me interesa. Yo hallo en mí inclinaciones á mis amigos, al favor, á la fortuna, al adelantamiento y elevacion de mi casa, al servicio del Principe, y á la gloria de la Nacion; pero no hallo deseo alguno de mi eterna salud, y el corazon nunca me habla en orden á las obligaciones de la Religion, y al servicio del Rey de los Reyes de la tierra. ¡O gran Dios! ¿Es posible que me habeis de haber abandonado interiormente, quando en el exterior me estais llenando de favores? ¡Ah! Castigadme en la tierra, y reservadme vuestros dones para una vida mas permanente: Si el estado en que me colocó mi nacimiento sirve de obstáculo á mi salvacion, degradadme de él, ¡ó Dios mio! y haced que vuelva á caer en el polvo de que salí; el estado que mas me acerque á Vos será siempre para mí el mas amable, y preferiré al trono mismo el muladar en que Job estaba sentado, si esto fuese necesario para agradaros: Estas son, Católicos, las disposiciones que deben hallarse en vosotros.

Fi-

(a) *Psalm. 121. v. 7.*

Finalmente, en el estado de prosperidad no son tan abundantes las gracias, porque muchas veces no es este estado el que Dios nos habia preparado en su misericordia, y solamente permite que seamos colocados en él para conformarse con nuestros depravados deseos; y en vez de pedirle su gracia que debilite nuestras pasiones, y los dones eternos, nunca le ha dirigido nuestro corazon súplicas y deseos, sino para la tierra, y para los bienes y gloria que estima el mundo.

Registrando el Señor nuestros corazones, é indignado de no hallar en ellos cosa alguna digna de su Magestad, se ha acomodado á nuestros deseos, y nos ha castigado con favorecerlos, como dice San Agustín: Ha sido para nosotros un Dios terrible, quando se nos ha manifestado propicio; nos ha abierto los mas felices caminos para que consigamos nuestros intentos; ha apartado todos los obstáculos que podian oponerse á nuestros ambiciosos fines; ha juntado las circunstancias menos esperadas para conducirnos al termino de nuestros deseos: Nos ha llevado él mismo sobre sus alas, por decirlo así, á lo alto de la rueda, adonde hemos llegado con tanta rapidéz: No obstante, sus primeros designios para con vosotros eran el prepararos el camino de los disgustos y de las desgracias, como el mas seguro para vuestra salvacion, y el mas conveniente á la fragilidad de vuestro corazon, y á la naturaleza de vuestras inclinaciones: Le habeis obligado, si es lícito decirlo así, á que mude este orden: Se ha visto precisado á seguir vuestros proyectos, quando vosotros debierais haber seguido los suyos; pero como esa prosperidad no es obra suya, en castigo de ese desorden no toma parte en ella; os entrega á todos los peligros de un estado en que solo os ha puesto para castigar el ansia con que le deseas-

teis:

teis: os dexa en manos de vuestras pasiones, y en los caminos que ellas mismas se han fabricado: Sois á su vista como aquel hijo prodigo; le habeis obligado á que os entregue unos bienes que no os habia destinado su sabiduria; y despues os dexa andar entregados á vuestros desordenados deseos, sin exercitar con vosotros los cuidados y amor de padre: Si vuestra elevacion fuera obra suya, los escollos que nunca pueden faltar se mudarian para vosotros en medios de salvacion; pero siendo obra de vuestras pasiones, los mismos medios de salvacion, que en ella pueden hallarse, se os convertirán en escollos

Es cierto, pues, que la prosperidad es un obstáculo para la penitencia, porque en este estado son mas raras las gracias con que se forma el arrepentimiento; pero además de esto, digo en segundo lugar, que la prosperidad es obstáculo para la penitencia, porque pone en el corazon infinitas oposiciones á las gracias de conversion, que pudiera Dios conceder á los grandes y felices de la tierra: segunda razon, y los motivos en que la fundo son los siguientes.

Primeramente, pudiera deciros que uno de los medios mas eficaces de que Dios se vale para atraer á sí un pecador, es la instruccion y el zelo de los Ministros de la penitencia, que le hablan en el sagrado tribunal con toda la sinceridad que Dios les inspira; pero los Grandes del mundo no gustan de oírlos, ó por una oposicion natural á la verdad, ó porque el Ministro, por una cobardía indigna de la santidad y autoridad del Sacerdocio, no se atreve á decírsela; lo cierto es que los grandes y poderosos rara vez hallan hombres fieles á su ministerio, y en los que no se vea aprisionada la palabra de Dios, quando se trata de entrar en juicio con su conciencia; los Nathanes, y los Bautistas no son para todos los siglos. Solamente la presencia de los Grandes basta para acobardar la verdad en nuestras bo-

cas; tememos á los que devieramos instruir; respetamos sus pasiones como su clase y sus títulos; el Juez tiembla en la presencia del reo; el que ha de pronunciar la sentencia parece que él mismo la espera del culpado á quien debe condenar; y con tal que no alabemos sus delitos, casi nos alabamos de haber tenido valor para tolerarlos. Los Ministros, aun los mas rectos, están persuadidos á que en esto es necesario usar de condescendencia; se valen de arbitrios que ofenden la obligacion; acomodan la regla á las pasiones, en vez de juzgar las pasiones por la regla; ponen excepciones en donde no debieran poner mas que la ley: De este modo nunca se les manifiesta la verdad á los grandes sino baxo un velo de mitigaciones y respetos, y rara vez hacen penitencia; porque rara vez se les instruye: De esto se quejaba en otro tiempo Jeremias: *Propheta tui viderunt tibi falsa, & stulta, nec aperiebant iniquitatem, ut te ad pœnitentiam provocarent.* (a)

Pero quiero conceder que los Grandes y Poderosos hallen Ministros que no hagan distincion de personas; segun la carne, porque aun hay Profetas en Israel; la gracia de la penitencia es una gracia de docilidad y de sumision; es preciso entregarse enteramente á la mano que nos guia, sujetar el genio á los consejos utiles, y saber caminar por sendas que no nos hayamos escogido nosotros mismos. Pero vosotros que estais acostumbrados á ver que todos los que andan al rededor de vosotros ceden á vuestros dictámenes, respetan vuestros errores, y aplauden hasta vuestras locuras, nunca podreis resolveros á dexaros gobernar por las impresiones de un director ilustrado; le quereis atraer á vuestro parecer, en vez de caminar á la verdad con él, y por medio de su direccion; pretendéis, que

(a) *Jerem. Thren. c. 2. v. 14.*

que respete lo que debiera censurar; intentais imponer leyes, quando debierais sujetaros á las que se os imponen: Naamán elevado á los primeros puestos de una Corte soberbia escucha burlandose los sabios consejos del Profeta Eliséo, y tiene por simpleza el remedio que le señala el hombre de Dios, y la santa autoridad de su Ministerio: Queremos ser grandes en donde solo debemos ser penitentes.

Otra razon: algunos Grandes van al tribunal de la penitencia muy pagados de su entendimiento, y preciados de una capacidad sublime, que siempre se opone á la gracia de la penitencia, porque esta es una gracia de sencillez, y de infancia Christiana. Si el Ministro santo no habla segun el estilo del mundo, si no atiende á las preocupaciones anexas al puesto y al nacimiento, si los anuncia las mismas verdades que al comun de los fieles, si los señala las mismas obligaciones, si los pronostica las mismas desgracias y las mismas penas, si halla en sus pasiones la misma enormidad, si los aconseja los mismos remedios, tratan su zelo de simpleza, y sus talentos no son mas que una ignorancia del mundo y de sus costumbres; no le juzgan á proposito para guiar á la salvacion á las personas de cierta clase; parece que para ellos hay otro Evangelio distinto de el del pueblo; que en Jesu-Christo hay distincion de Griego y de Bárbaro, de noble y de plebeyo; y que para guiarlos á la salvacion se necesita de otra ciencia distinta de la de los Santos.

Luego la gracia de la penitencia halla infinitos obstáculos en los corazones de los Grandes y felices del mundo; pero aun los halla mas invencibles fuera de su corazon, y en los efectos de la prosperidad; ultima razon.

No quiero deciros, primeramente, que un corazon feliz con la abundancia nada busca fuera de sí; que nada aviva su amor á los verdaderos bienes, porque este amor está como dormido y saciado con los bienes aparentes.

La gracia necesita pérdidas, disgustos, aficciones, y casi nada puede con las almas que viven en la prosperidad. ¿En qué se ocupaba el rico del Evangelio en medio de su abundancia? En derribar sus troxes, y edificar otras nuevas; despues en descansar, comer, beber, y regalarse, sin pensar en Dios: No recurrimos al Señor sino quando no somos bastantes para nosotros mismos; no buscamos el descanso en el Autor de nuestro sér, sino quando no le hallamos en las criaturas. Adonías no abraza el Altar hasta que vé decretada su muerte: Manasés no invoca al Dios de sus Padres sino en el horror de su prision, y baxo el peso de sus cadenas: el Hijo Pródigo no piensa en restituirse á la casa paterna hasta que empieza á experimentar los rigores del hambre: Vosotros mismos que me estais oyendo, os habeis vuelto á Dios en aquellos instantes en que os ha affigido, y entonces abristeis los ojos para ver el engaño de este mundo miserable; pero luego que volvió el favor y la prosperidad, se restituyeron á vuestra imaginacion ideas mas agradables y alhagueñas, y os entregasteis al mundo, luego que el mundo volvió á entregarse á vosotros; os hubierais salvado por el camino de los disgustos y de las aficciones, y pereceréis en la prosperidad.

¿Pero qué sería si yo exâminase aquí el abuso que habeis hecho de vuestras dignidades, de que habeis de dar rigurosa cuenta en el tribunal de Jesu-Christo, y por el que estais obligados á infinitas restituciones, sin las que vuestra penitencia siempre será falsa y reprobada de Dios? ¿O qué nuevos abismos, si la brevedad de un discurso permitiera exâminarlos! Si habeis sido alguno de los Gefes de los Exercitos de Israel, ¿qué libertades, qué robos, qué violencias! ¿De cuántas públicas y particulares desgracias os pedirá Dios cuenta algún dia! Si por razon de vuestros empleos habeis estado á la frente de los pueblos y de los públicos negocios, ¿cuántas personas indignas favorecidas!

tos sucesos públicos y funestos acaso han tenido su origen, ó en vuestras secretas envidias, ó en vuestros particulares intereses! ¿Qué injustas condescendencias han alcanzado acaso de vosotros el favor, la amistad, la sangre, y aun puede ser, las conexiones pecaminosas! ¿Cuántos abusos, ó tolerados por vuestra negligencia, ó autorizados por vuestros exemplos! Cuántas quejas mal oídas, cuántas opresiones disimuladas, ó por no molestarse en exâminarlas, ó por no desacreditar la elección que habeis hecho, y descubrir las iniquidades de los subalternos que eran causa de esas opresiones, solo porque os eran deudores de sus empleos y de su fortuna. ¿Dónde están los Grandes que hacen que estas menudencias y esta multitud de culpas ajenas tengan parte en las restituciones de su penitencia?

Finalmente, no quiero hablar de los obstáculos exteriores que opone la prosperidad á la penitencia: El retiro os sería necesario, pero vuestra clase y vuestros empleos os tienen en medio de los tumultos del mundo y de los negocios: Mas mortificaciones serian el único remedio que podria expiar vuestras pasadas culpas, pero las delicadezas de vuestra educacion, ó los respetos de vuestra autoridad os las impiden: El huir de los honores serviría de expiacion á los pasados excesos de vuestra ambicion, pero para mantener la grandeza de vuestro nombre es preciso que aspireis á nuevas gracias. Los abatimientos curarian la soberbia de vuestro corazon, pero es preciso que recibais los respetos, y que como Saúl, despues de su pecado, pidais que se os honre á vista de los hombres, para que no padezca vuestra dignidad el desprecio con que mirarian vuestra persona: La oracion sostendria vuestros débiles deseos de penitencia, pero las ocupaciones de vuestra fortuna, ó no os dexan tiempo para ella, ó hacen que perdais la costumbre. La prosperidad que os facilita todos los caminos del pecado, os cierra todos los de la penitencia.

Por eso, Católicos, es regularmente tan imperfecta la penitencia de los Grandes y Poderosos: Parece que es preciso contentarse con la que ellos quieren hacer; sus mas débiles esfuerzos se publican como heroicas virtudes; apenas han dado algun paso para salir de sus desórdenes, quando se les tributan los elogios debidos á una virtud consumada; se les alaba por los males que dexan de hacer, mas que por los que reparan; se aprecia todo lo que hacen, una conversacion, un deseo, un pensamiento; las señales de devoción se tienen por devoción verdadera, y el no ser pecadores es para ellos la virtud mas sublime.

Pero en vuestra presencia, ó Dios mio, en dónde los títulos y dignidades nada añaden á nuestras obras, no juzgais de nuestra penitencia sino por los delitos que tenemos que expiar, y no por el puesto que los autoriza entre los hombres; y la elevacion solo añade á nuestras acciones de penitencia el que siendo ocasion de que tengamos mas deleytes y mas delitos que reparar, pide penitencias mas severas.

Es verdad tambien que la penitencia de los Grandes mas consiste en obras exteriores y públicas, que en actos penosos y secretos de la fé y de la piedad; favorecen el culto y la religion; amparan á los justos; se exercitan en obras de misericordia; mantienen los asilos públicos de la miseria, ó de la inocencia, pero no conocen aquella vida de fé, de violencia, de abnegacion, de aborrecimiento de sí mismo, que es lo mas esencial de la penitencia, y de la piedad Christiana; se hacen mas religiosos, pero no mas penitentes; son mas utiles para la virtud, pero no mas rigurosos consigo mismos; emplean su autoridad para defender lo bueno, pero se creen dispensados de ejecutarlo; sirven á los fines de Dios para con su Iglesia; sosteniendo las empresas que le glorifican, pero no satisfacen á su justicia expiando las culpas con que la han ultrajado; en una pala-

labra, sirven para la salvacion de otros, pero rara vez se salvan ellos mismos. La hija de Pharaón favorece al Pueblo de Dios oprimido, libra de las aguas á Moysés, emplea sus bienes y autoridad en la educacion del Capitan de Israel, que ha de libertar algun dia á sus hermanos, le adopta y pone en el numero de sus propios hijos, pero no pasa adelante su virtud; contentandose con favorecer al Pueblo de Dios, no imita su fé y su inocencia; y aunque sea protectora de Moysés, no por eso dexa de ser esclava de las vanidades y costumbres de Egypto: Estos son los peligros de la prosperidad; facilita todas las pasiones, y pone infinitos obstáculos á la penitencia.

Este es, pues, el fruto de este discurso. Nacisteis en la elevacion y en la abundancia, pues pensad que los favores temporales no están prometidos á los Christianos, y que si la providencia los ha derramado sobre vosotros, no es mas que para proporcionaros el mérito de despreciarlos, y ocasiones de exercitar la misericordia, dando con liberalidad lo que graciosamente habeis recibido: Pensad que la elevacion ó baxeza del Christiano consiste en la inocencia, ó en el desorden de sus inclinaciones; y que el pecador es la mas vil, la mas despreciable, y la mas infima de todas las criaturas en la presencia de Dios: Pensad que pues se aumentan los peligros con la fortuna, tenéis necesidad de mas vigilancia, de mas oracion, y de mas precauciones que los que nacen en un estado infeliz: Que perecereis con unas virtudes medianas, que en la obscuridad hubieran sido suficientes para salvaros: Pensad que vuestra elevacion no os concede privilegio alguno en orden á las leyes del Evangelio, y que se os pedirá hasta la ultima dragma como al esclavo mas vil: Pensad finalmente, que todos los objetos agradables que os proporciona la prosperidad, no deben servirnos mas que de continuas ocasiones de negaros á ellos; que mas os sirven de lazo y

tentacion, que de utilidad; y que si no teneis que padecer, y gozais de toda vuestra prosperidad, habeis recibido todo vuestro premio, y no estais en el orden de Dios.

¿Os afligís en las pérdidas y desgracias? Acordaos de que las recompensas temporales no son dignas de los que sirven al Rey inmortal de los siglos: Acordaos de que es felicidad el perder lo que no es lícito amar, y lo que sería preciso despreciar si aun se poseyera: Acordaos finalmente, que las aflicciones han sido siempre el sello y la recompensa de los justos; que no se puede llegar á la gloria de los Santos sino por la Cruz; que quantos menos consuelos haya en esta vida, mas deben esperarse en la otra; y que quando esteis para morir, no querriais trocar vuestras aflicciones, y vuestros pasados trabajos por los Cetros y Coronas de la tierra. Meditad estas verdades de tanto consuelo, y en qualquiera estado que os haya colocado la Providencia, de felicidad, ó de afliccion, de favor, ó de desgracia, *pasad de tal modo por las cosas temporales, que no perdais las eternas. Amen.*



SER-



SERMON
PARA EL LUNES
DE LA SEGUNDA SEMANA
DE QUARESMA.

SOBRE LA IMPENITENCIA
final.

Ego vado, & queritis me, & in peccato vestro moriemini.

Yo me voy, y me buscareis, y morireis en vuestro pecado. *Joann. 8. v. 21.*

SI no os habeis estremecido, Católicos, al oirme pronunciar estas palabras, las mas terribles sin duda que se leen en nuestras Divinas Escrituras, no hallo en toda la religion verdad alguna que sea capaz de moveros. Por lo que á mí toca, confieso que estoy lleno de temor, y me parece que para manifestaros unas amenazas tan terribles, antes debia usar de precauciones para evitar el terror excesivo que pueden infundir en las almas

Tomo IV.

E

mas